

TRICIA LEVENSELLER

LA HIJA

de la

REINA

SIRENA

CROSS
BOOKS

TRICIA LEVENSELLER

LA HIJA
de la
REINA
SIRENA



CROSSBOOKS, 2023
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Daughter of the Siren Queen*
© del texto: Tricia Levenseller 2018
Publicada de acuerdo con Feiwel & Friends, un sello de Macmillan
Publishing Group, con mediación de Sandra Bruna Agencia Literaria S.L.
Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Laura Navas, 2023
© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2023
ISBN: 978-84-08-27729-3
Depósito legal: B. 16.232-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Mi cuchillo rasgando una garganta suena mucho más fuerte en la oscuridad.

Atrapo su cadáver antes de que toque el suelo, acompañándolo con cuidado hasta dejarlo tendido en el suelo. Él es solamente el primero de los hombres de Theris («Bueno, no, de los hombres de Vordan», me recuerdo a mí misma) que morirá esta noche.

Mi tripulación está repartida por las calles empedradas. Se están encargando de deshacerse de los hombres de Vordan uno a uno. No los veo, pero confío en que todos ellos llevarán a cabo su cometido esta noche.

Me ha llevado dos meses localizar al pirata lord y reunir la información suficiente como para infiltrarme en su propiedad. Vordan creyó que se mantendría a salvo de mí si se adentraba en tierra firme. Estamos a kilómetros del puerto más cercano, y pese a que no tengo forma alguna de renovar mis habilidades, he venido totalmente cargada.

Mi topo me dio todos los detalles que necesitaba. Vordan y su tripulación viven en la posada Old Bear a pocos metros de donde estoy. De hecho, puedo verla desde aquí: se trata de un edificio de cuatro pisos, con paredes pintadas de

verde, y azotea. La entrada principal está compuesta por un impresionante pasaje abovedado; del techo cuelga un gran cartel de un oso durmiendo.

Los piratas de la tripulación de Vordan se han convertido en una banda de ladrones de tierra que se dedican a acosar a los habitantes de Charden, la más grande de las diecisiete islas. El mismo Vordan compró la posada, y ahora paga los salarios de los trabajadores. Ha convertido este lugar en su propia fortaleza personal. Por lo que parece, no tiene miedo de dejarse ver públicamente; cuenta con alrededor de cien hombres a su servicio y no existe fuerza militar lo suficientemente grande en la isla como para deshacerse de ellos.

Sin embargo, yo no necesito matarlos. Lo único que me hace falta es entrar en la posada, hacerme con el trozo de mapa que me falta y sacar a Vordan sin que sus hombres se den cuenta. Una vez de vuelta en el barco, me encargaré de llevar a cabo su interrogatorio e inevitable tortura.

Voy merodeando por la calle, pegándome al edificio mal construido que tengo a mi derecha. A esta hora la ciudad duerme. No hay ni un alma por aquí, a excepción de los hombres de Vordan a los que les toca guardia.

Un tintineo me detiene en seco. Contengo la respiración y dirijo la mirada hacia la siguiente esquina. Hay un hueco entre la casa a mi derecha y la siguiente, pero allí solo hay un niño de la calle (de unos ocho o nueve años quizá) que rebusca entre una pila de botellas de cristal.

Me sorprendo cuando se vuelve hacia mí. He sido completamente silenciosa, pero supongo que para sobrevivir en las calles hay que ser capaz de sentir cuándo acecha el peligro.

Apoyo el dedo índice sobre mis labios mientras le lanzo una moneda al chico. Este la coge sin quitarme los ojos de encima y yo le guiño un ojo antes de atravesar el hueco que hay entre una casa y la otra.

Me detengo y me dedico a esperar mientras observo cómo mi aliento se desvanece enfrente de mí, iluminado por una tenue luz de luna. Aunque no me vendría mal un poco de calor, no me atrevo a frotarme las manos para no arriesgarme a hacer ruido. No puedo hacer nada más que quedarme aquí completamente quieta.

Finalmente, se oye el ulular de una lechuza. Luego otro. Y otro más. Espero hasta que se escuchan las siete señales, lo que quiere decir que ya se han despejado todas las intersecciones de la calle, así como todas las azoteas que estaban siendo vigiladas.

Observo las ventanas de la gran posada que tengo enfrente. No hay ni una sola vela encendida, y tampoco se ven siluetas moviéndose tras el cristal. Aprovecho la oportunidad y me escabullo dentro rápidamente.

Ya hay una cuerda colgada del techo. Esta vez, Sorinda ha sido más rápida que yo. Voy subiendo por la cuerda piso tras piso, evitando las ventanas, hasta que aterrizo firmemente con mis botas en las tejas de piedra del techo. Sorinda está envainando su espada justo cuando llego yo. A sus pies, yacen muertos cuatro de los hombres de Vordan. Matar es lo que mejor se le da.

Sin pronunciar una sola palabra, me ayuda a tirar de la cuerda y a colocarla de tal manera que cuelga por el lado oeste de la azotea. La ventana de Vordan está en el último piso. Es la tercera ventana empezando por la derecha.

Muevo los labios y articulo un:

—¿Lista?

Ella asiente.



El hecho de estar sosteniendo mi cuchillo contra la garganta de Vordan mientras duerme hace que me invada un dulce

sentimiento de justicia. Le tapo la boca con la mano que tengo libre.

Sus ojos se abren de golpe y yo aprieto el cuchillo un poco más fuerte contra su piel, lo suficiente como para cortarle, pero no lo bastante como para hacerle sangrar.

—Como pidas auxilio te corto la garganta —susurro. Le retiro la mano de la boca.

—Alosa —pronuncia con rencor al reconocermé.

—Vordan.

Sigue tal y como lo recordaba. Es un hombre de apariencia insignificante: moreno, ojos marrones, de altura promedio y peso estándar. No hay nada que le haría destacar en un grupo, tal y como él quiere que sea.

—Lo has descubierto —dice, obviamente refiriéndose a su identidad, sobre la cual me mintió cuando lo conocí. Cuando fui prisionera de la *Nómada Nocturna*, se hizo pasar por uno de los hombres de mi padre bajo el nombre de Theris.

—¿Dónde está el mapa? —le pregunto.

—Aquí no.

Sorinda, a quien tenía detrás como centinela silenciosa, empieza a moverse por la habitación. La escucho revolviendo entre los cajones de la cómoda, y luego levantando los tablonés del suelo.

—No me sirves de nada si no me dices dónde está —le digo—. Acabaré con tu vida. Aquí mismo. En esta habitación. Tus hombres encontrarán el cuerpo por la mañana.

Vordan sonrío ante mis palabras.

—Me necesitas vivo, Alosa. De no ser así, ya estaría muerto.

—Como tenga que preguntártelo una vez más, me pondré a cantar —le advierto—. ¿Qué sería lo primero que te obligaría a hacer?, ¿romperte las piernas?, ¿dibujar en las paredes con tu propia sangre?

Traga saliva.

—Mis hombres os triplican en número. No voy a ceder. Y de poco va a servirte tu voz, teniendo en cuenta que solo puedes controlar a tres hombres al mismo tiempo.

—Difícilmente podrán luchar tus hombres si están dormidos en sus camas. Mis chicas se están encargando de encerrarlos en sus habitaciones.

Entrecierra los ojos.

—Una pena que no te hayas dado cuenta de que una de mis espías estaba en tus filas. Y también es una lástima que no la hayas pillado cambiando de lado las cerraduras de las puertas. Efectivamente, ahora se cierran desde fuera.

—Mis hombres de guardia ya estaban al corriente. Ellos...

—Están todos muertos. Los cuatro de la azotea, los cinco de la calle y los tres que se encontraban respectivamente en los tejados de la carnicería, del curtidor y de la tienda de suministros.

Se le dibuja una sonrisa que muestra sus dientes.

—Seis —dice.

Mi respiración se detiene durante un instante.

—Había seis en la calle —aclara.

«¿Qué? No. Nos habríamos dado cuenta.»

Suena una campanada tan fuerte que ha tenido que despertar a todo el pueblo.

Maldigo para mis adentros.

—El niño —digo mientras Vordan lleva su mano debajo de la almohada.

Está buscando la daga que yo ya me había encargado de quitarle.

—Hora de irnos, Sorinda.

«Levántate.» Dirijo mis palabras hacia Vordan. No son meras palabras pronunciadas con mi voz normal, sino que son un canto lleno de la magia que heredé de mi madre sirena.

Todo hombre que lo escucha no tiene otra alternativa que obedecerme.

Vordan se incorpora de la cama de golpe, plantando sus pies en el suelo:

«¿Dónde está el mapa?», le pregunto con mi canto.

Se lleva la mano al cuello y se saca una cuerda de cuero que tenía escondida bajo la camisa. De ella cuelga un frasco de cristal, poco más grande que mi pulgar, tapado con un corcho. Dentro, está enrollada la última parte del mapa, gracias a la cual, mi padre y yo podremos por fin viajar hasta la isla de las sirenas para hacernos con el tesoro.

Siento mi cuerpo vivo de canto, los sentidos se me han aguzado. Oigo el movimiento que se ha generado en el piso de abajo: los hombres se calzan sus botas apresuradamente y corren hacia la puerta.

Le arranco el frasco del cuello a Vordan. El cordón se rompe y me guardo el colgante en el bolsillo del corsé de ébano que llevo puesto.

Hago que Vordan sea el primero en salir por la puerta. Está descalzo, por supuesto. Solo lleva unos pantalones de algodón y una camisa holgada de franela. El mismo hombre que me tuvo en una jaula encerrada no se merece la comodidad de unos zapatos y un abrigo.

Salgo al pasillo, Sorinda está justo detrás de mí. En los pisos de abajo, los hombres de Vordan ya han reaccionado a las campanadas de alerta y ahora se dedican a empujar las puertas cerradas con sus cuerpos. ¡Maldita campana!

Mis chicas aún no han llegado hasta los pisos de arriba. Los hombres, tanto de este piso como del que hay justo debajo, se abalanzan hacia el pasillo. No les lleva demasiado tiempo ver a su capitán.

En apenas un susurro, le canto unas cuantas palabras a Vordan, que enseguida grita:

—¡Salid afuera, idiotas! ¡El ejército del Rey de la Tierra se acerca por el sur! Id a por ellos.

Muchos de ellos se empiezan a mover, siguiendo las órdenes de su capitán, pero uno de ellos grita:

—¡No, mirad quién está detrás de él! ¡Es esa zorra de la sirena!

En ese momento, decido que ese hombre será el primero en morir.

Vordan debe de haber avisado a sus hombres de que se podría dar una situación así, porque sacan sus sables dirigiéndose hacia aquí.

Maldita sea.

Aumento el alcance de mi canto, con el que hechizo a dos de los hombres de Vordan. Luego, hago que se pongan enfrente de nosotros para luchar contra los que se nos están acercando.

El pasillo es muy estrecho, lo cual funciona a nuestro favor. La posada es rectangular; las habitaciones se suceden en un lado del pasillo, mientras que en el otro hay una barandilla. Si uno se asoma, se puede ver perfectamente el primer piso muy al fondo del todo. La única forma de salir son las escaleras zigzagueantes que conectan cada piso; eso si no contamos la ventana o la opción de saltar al vacío.

Me pongo a luchar codo con codo junto a los tres hombres a los que he hechizado para luchar contra la primera oleada. Empujo mi hombro contra el pirata que se ha atrevido a llamarme «esa zorra de la sirena» hasta que consigo lanzarlo por encima de la barandilla. Grita hasta que el sonido se interrumpe con un fuerte crujido. No me detengo a mirar, porque enseguida estoy atravesándole la tripa con mi espada al siguiente pirata. Este se derrumba y yo camino sobre su cuerpo tembloroso para llegar al siguiente hombre.

Los piratas de Vordan no muestran escrúpulo alguno a la

hora de acuchillar a sus propios hombres. Sin embargo, a su capitán ni lo tocan.

Tan pronto como uno de los hombres a los que he encantado cae, hechizo al más cercano para reemplazarlo. De esta forma, siempre hay tres hombres bajo mi control.

Sorinda se encuentra detrás de nosotros. Se está enfrentando a los dos hombres que han salido de las habitaciones al final del todo. Ni siquiera me molesto en volverme para comprobar si vienen por detrás, ya que es imposible que consigan superar a Sorinda.

Los hombres de Vordan se dan cuenta enseguida de que, si matan a sus propios hombres, serán los próximos en sucumbir a mi hechizo, así que deciden retirarse y corren escalera abajo, probablemente con la esperanza de cambiar el lugar de batalla al primer piso de la posada. Sin embargo, las chicas que antes habían estado cerrando las puertas de los piratas ya los están esperando en el segundo piso. Los hombres de Vordan no pueden avanzar, ya que les bloquean el paso: diez mujeres (lideradas por Mandsy y a las que he entrenado personalmente), el médico de mi barco y mi segundo oficial.

Ahora están acorralados.

—¡Use su sentido común, capitán! —grita el hombre enorme contra el que estoy luchando—. ¡Díganos qué tenemos que hacer!

Tras frenar su último golpe, le doy un codazo debajo de la barbilla; lleva la cabeza hacia atrás y mi sable atraviesa su garganta.

Cada vez son menos. No obstante, aquellos que estaban encerrados en sus habitaciones han empezado a abrir las puertas con la ayuda de sus armas y se están uniendo a la pelea.

Los piratas enemigos empiezan a saltar por la barandilla del segundo piso hasta acabar chocándose contra las mesas y sillas del comedor de abajo. Algunos se rompen las extremidades o

se tuercen los tobillos al caer, pero muchos otros consiguen hacerlo ilesos e intentan atacar a mis chicas por la retaguardia.

«Ah, no, ni soñarlo.»

Salto por encima de la barandilla y caigo sobre mis pies con facilidad. Me dispongo a ir a por los cuatro hombres que se están acercando a mis chicas, pero antes me permito mirar hacia arriba durante un segundo y compruebo que Sorinda ya está cubriendo mi puesto tras haber matado a los hombres que antes estaban detrás de mí.

—¡Sorinda, baja! —grito, deteniendo mi canto solo lo necesario como para pronunciar esas palabras.

Corto los tendones de los isquiotibiales del hombre al que he derribado. La punta de mi daga atraviesa la base de la columna vertebral del siguiente. Los otros dos ya han conseguido ponerse de pie y me están rodeando.

El más bajo de los dos se topa con mi mirada y me reconoce, lo que le hace salir corriendo hacia la entrada principal, pasada la escalera. Sorinda, que ya ha llegado al suelo, dice:

—Yo me encargo. —Sale disparada como una flecha.

El último hombre que queda arroja su espada al suelo.

—Me rindo —dice.

Le doy un golpe en la cabeza con la empuñadura de la espada y se desploma ante mis pies.

Deben de quedar unos cuarenta hombres. Todos ellos luchan contra mi tripulación para intentar llegar hasta abajo. Vordan y dos de sus hombres siguen en la parte de atrás de la fila, aún hechizados por mí, luchando contra su propia tripulación.

Sin embargo, mis poderes se están agotando. Tenemos que salir de aquí. Miro alrededor de la sala. Me fijo en los farolillos que cuelgan a lo largo de las paredes y contemplo el aceite que reposa en su interior.

«Salta», le ordeno a Vordan. No se lo piensa dos veces y se

tira por la barandilla. Aterrizo en el suelo con una de sus piernas doblada estratégicamente, justo como había planeado.

Libero de mi hechizo a Vordan y a los dos piratas del final de la fila, para dirigir mis últimos poderes hacia tres de los piratas que están luchando justo enfrente de mi tripulación.

«Evitad que la fila avance», ordeno.

Se vuelven al instante, dirigiendo sus espadas hacia sus propios hombres.

—Vosotras descargad la pólvora que os quede en la pistola en la escalera —grito dirigiéndome ahora hacia mis chicas.

Mandsy da un paso atrás, se saca la bolsa de pólvora que guarda cerca de la pistolera y la lanza sobre el escalón que está justo debajo de los hombres sometidos a mi hechizo. Las demás chicas siguen su ejemplo, y otras nueve bolsas de pólvora caen al suelo.

—¡A por Vordan! Llévadlo al carruaje.

Vordan está maldiciendo a pleno pulmón ahora que las tiene todas consigo. Mis chicas lo levantan, ya que su pierna no sirve de nada ahora, y lo sacan a rastras. Yo, que voy detrás, me saco la pistola del costado y apunto a esa pila de pólvora.

Disparo.

La explosión presiona mi espalda y me empuja hacia delante. La nariz se me llena de humo y un calor repentino me envuelve. Estoy a punto de caerme, pero logro recuperar el equilibrio y aprieto el paso. Miro a mis espaldas y tomo conciencia del nivel de destrucción. La posada sigue en pie, pero se está calcinando desde dentro. El muro que rodea la entrada principal no es ya más que una pila de escombros en el camino. Los piratas que quedaban dentro son solo cáscaras quemadas.

Tomo un giro en la calle contigua y corro hasta el punto de reunión. Sorinda emerge de la oscuridad y corre a mi lado en silencio.

—Conque íbamos a entrar y salir sin que nadie se enterara —suelta, sin que su tono de voz vislumbre emoción alguna.

—Los planes cambian. Además, tenía a todos los hombres de Vordan juntos en un mismo lugar. ¿Cómo resistir la tentación de volar ese lugar en pedazos? Ahora ya no le queda nada.

—Aparte de una pierna rota.

Sonríó. Sorinda rara vez tiene paciencia para el humor.

—Sí, aparte de eso.

Doblamos otra esquina y llegamos hasta el carruaje. Wallov y Deros están a las riendas. Eran los únicos hombres de mi tripulación hasta que se unieron Enwen y Kearan, pero a ellos dos los he dejado en el *Ava-lee* para que guarden el barco bajo la supervisión de Niridia. Wallov y Deros son mis carceleros. Brincan de sus asientos y abren las puertas. Dentro, en el suelo, hay una jaula. Deros saca una llave y la abre, con lo que la puerta se abre de par en par.

—Wallov, lleva a nuestro invitado a sus aposentos —digo.

—Con gusto.

—No puedes meterme ahí —dice Vordan—. Alosa...

Lo interrumpe el puño de Sorinda en sus tripas. Después de esto, lo amordaza y le ata las manos detrás de la espalda. Solo entonces Wallov lo lanza dentro de la jaula. Es bastante pequeña, pensada para un perro o algún tipo de ganado, pero logramos meter apretujado a Vordan.

Me subo al carruaje y miro dentro. Sobre los asientos hay dos cofres de madera cuyos cerrojos están rotos.

—Entonces, ¿lo habéis conseguido todo? —pregunto.

—Sí —responde Wallov—. Era tal y como dijo Athella. El oro de Vordan estaba en el sótano debajo del suelo falso.

—¿Y dónde está nuestra confidente?

—¡Aquí, capitana! —Athella da un paso al frente, dis-

tanciándose del grupo que está detrás de Mandsy. Sigue disfrazada, con el pelo oculto bajo un tricornio y vello facial falso pegado al mentón. Se ha pintado las cejas para que parezcan más pobladas y oscuras. Las líneas que le enmarcan las mejillas hacen que se vean más alargadas. Lleva plataformas en los zapatos que le otorgan la altura adicional necesaria y un chaleco abultado debajo de la camisa para llenar la ropa de hombre.

Se despoja de los accesorios masculinos y se limpia la cara hasta que vuelve a parecerse a sí misma. Lo que queda es una chica de complexión fina, como un junco, cuyo cabello le cae sobre los hombros con la forma de una cortina suave y oscura. Athella es la espía designada del barco y más conocida por sus habilidades con la ganzúa.

Me vuelvo hacia Vordan, que está mirando con ojos como platos a la chica que había tomado por un miembro de su tripulación. Ahora me mira a mí y sus ojos chisporrotean de odio.

—¿Qué se siente al ser tú quien está encerrado en la jaula? —le pregunto.

Se tira de las manos atadas en un intento de liberarse, y mi mente vuelve a ese momento, dos meses atrás, en el que Vordan me metió en una jaula y me obligó a mostrarle todas las habilidades que poseía, usando a Riden para hacerme obedecer.

Riden...

Él también se ha quedado atrás, en mi barco, curándose de las heridas de bala, cortesía de Vordan. Tendré que ir a visitarlo de una vez cuando volvamos, pero, por ahora...

Cierro la puerta del carruaje en las narices de Vordan.